

todos tres: el marítimo austral, el metálico pampino y el de la manigua.

El castigo vigilante dará mayor naturalidad a Bahamonde. Si acalla su lirismo expletivo, nos entregará de la pampa mensaje enérgico,

«CANTOS DEL ENCUENTRO», de *Angel Pizarro*, poemas. Ediciones Continente, 1951.

Caso raro de un nuevo poeta y—como siempre—trae la rudeza dulce del agro, cuya «piel morena» le «hace nacer, aquí, bajo la lengua un jugo espeso y caliente como un jugo de miel».

¿Cómo no reconocer la rural prosapia: Hesíodo y Homero, Teócrito y Virgilio, La Fontaine y Juvencio Valle, de Rokha y Neruda? Lo sencillo y doméstico adquiere de pronto el tono trascendental de la poesía madura: «las manos que maceran los racimos dejan una uña traviesa en el corazón de los borrachos, cuando se bebe por la lluvia o por un hijo».

Los aciertos melódicos y onomatopéyicos son frecuentes y asombran por su conseguida hechura: «el río, lleno de ombligos verdes y de ruidos semeja en invierno baquetas con que el alud redobla. Tambor para la risa de las aguas embriagadas de tempestad». Sensual y recio, sabe percibir y expresar con fuerza, como asimismo proyectar la sustancia rica de lo humilde.

Desde Gonzalo Rojas, Angel Pizarro es lo más interesante, a pesar del prurito de redención social que en oportunidades le perjudica junto con algunos influjos nerudianos.